

El viaje de Julio Monterrubio

Manuel Mostaza Barrios

“Memorias de mi viaje a España”, texto que se edita por primera vez en este momento, fue escrito por un joven argentino de catorce años en 1929. Julio Domingo Monterrubio de Rábano, su autor, había nacido en Punta Alta, provincia de Buenos Aires, el 17 de abril de 1915. Sus padres, sanabreses de nación, habían emigrado a Argentina, siendo de pueblos distantes no más de quince kilómetros, dieron en conocerse a más de diez mil kilómetros de Sanabria. El padre, Julián Monterrubio Cabadas, había nacido en Riego de Lomba (Ayuntamiento de Cobreros), provincia de Zamora, el 20 de febrero de 1883. Fue a Madrid para realizar el Servicio Militar. En Madrid en 1903 trabajó durante un tiempo. Se embarcó en Vigo, como tantos otros, el 23 de noviembre de 1908, para llegar a Buenos Aires el 14 de diciembre de ese mismo año. La madre, Josefa de Rábano Rodríguez, había nacido en Cervantes (Ayuntamiento de Robleda Cervantes), en 1878, localidad sita también en la tierra zamorana de Sanabria.

No es difícil imaginar la Sanabria de aquella época. Una Sanabria en la que el viaje a Zamora duraba más de seis horas y en la que la mayoría de las familias estaban condenadas al autoconsumo para poder sobrevivir. Frente a las tentaciones de idealizar el pasado, documentos como las fotografías que Fritz Krüger tomó durante sus inviernos en Sanabria mientras investigaba, o informes como los de la Misión Pedagógica de 1934 nos muestran en toda su dureza el retrato de la época: una tierra pobre, fría, poblada de pequeñas aldeas con malas comunicaciones entre ellas, con economías primarias y de subsistencia, sin ninguna higiene, trabajando fincas pequeñas e inverosímiles, desde que salía el sol hasta el atardecer. Ante aquel panorama fueron muchos los que optaron por irse, especialmente a Cuba o a la Argentina.

Llegados a la Argentina y siguiendo las recomendaciones de otros españoles ya instalados, se ubicaron en la zona de Bahía Blanca (a unos setecientos kilómetros de Buenos Aires). Josefa, su madre, trabajó como señora de la limpieza y como enfermera en un hospital de Bahía Blanca hasta su boda. Su padre, Julián, comenzó a trabajar como empleado en la Base Naval Puerto Belgrano, el primero de mayo de 1909, apenas seis meses después de haber llegado al país, allí estuvo hasta octubre de 1940, fecha en la que se jubiló. La boda entre ambos tuvo lugar en 1914 y al año siguiente nacería su único hijo, Julio Domingo Monterrubio. Julián murió, con 92 años, en diciembre de 1973 en su Punta Alta adoptiva, mientras que Josefa, su mujer, encontraría la muerte en febrero de 1951.



Pasaporte del autor, Julio Domingo Monterrubio, 1929.

Aquel par de sanabreses recién casados se integraron muy pronto en la sociedad de Punta Alta. Punta Alta era un pueblo joven, desarrollado a partir de la construcción del Puerto Militar (actual Puerto Belgrano) desde 1896. Julián se unió a otros recién llegados y se convirtió allí en un auténtico pionero: fue cofundador de la Asociación Bomberos Voluntarios de Punta Alta, corresponsable de la puesta en marcha de la Cooperativa Eléctrica de Luz y Fuerza, primera sociedad con esas características en Iberoamérica, integrante de la primera Sociedad de Fomento de Punta Alta, entre otras actuaciones. Josefa, su mujer, acompañó desde su hogar aquel espíritu emprendedor, pero canalizó sus inquietudes en tareas relacionadas con la Iglesia (Comisiones para la construcción del primer templo, la Legión de María, la Cofradía de la Virgen del Carmen...). Ninguno de los dos olvidó nunca su tierra natal, tierra que añoraban, y por eso participaron en las asociaciones de sanabreses que se fueron formando, quizá para matar la nostalgia. Esta misma nostalgia los impulsó a volver, tras veintitrés años de ausencia, para que su joven hijo Julio conociera su tierra.

El año que Julio vino por primera y única vez a España estaba cursando el último curso de Perito Mercantil Nacional, en un colegio de Bahía Blanca. De hecho, para no perder el año, tal y como cuenta en el delicioso texto que el lector podrá disfrutar a continuación, se llevó algunos libros para el viaje, aunque no fue mucho lo que consiguió estudiar. El viaje supuso para él, en cierto modo, un tránsito de iniciación a la vida adulta, y con esos ojos de inocencia nos describe lo que ve: los lunes en el mercado, la caza, el balneario de Cobreros, las fiestas... Al volver a Argentina, Julio Domingo ingresó por concurso en la Base Naval mientras daba clases de contabilidad. A los pocos años el gobierno militarizó a los trabajadores de la Base, retirándose Julio como Suboficial Mayor en 1963. Tras dejar el ejército, aún trabajó once años más como gerente de una empresa pública, hasta jubilarse en 1974.

El texto que viene a continuación fue escrito por Julio al poco de volver de España, con apenas quince años. Sus vivencias ante un país que para él no era del todo desconocido, nos ayudan a comprender también cómo era la España rural de la época. Una España que celebraba la Exposición de Sevilla¹ con Primo de Rivera aún en el poder, una España en la que el burro era el medio de transporte más habitual en los pueblos y en la que se tardaban días en llegar de una parte a otra del país. Pero también, no lo olvidemos, una España que se va incorporando poco a poco al mundo moderno, especialmente en sus

¹ Se refiere a la Exposición Iberoamericana de Sevilla inaugurada el 9 de mayo de 1929 y clausurada el 21 de junio de 1930. Por lo tanto, la destitución del general Primo de Rivera (28 de enero de 1930) se produce durante su celebración (N.E.).

zonas urbanas, y en la que empieza a consolidarse una cierta clase media que abrirá camino a la posterior terciarización (*sic*)² de la economía del país.

La edición de este texto no hubiera sido posible, desde luego, sin la autorización del propio Julio, que vive rodeado del cariño de su hija Adela y de sus nietos, en su natal Punta Alta. Tres personas más han sido claves para conseguir que este texto, escrito hace más de 75 años, vea ahora la luz. En primer lugar, el profesor Juan Manuel Juanino de Barrio, sanabrés exiliado en Francia, lo trajo para España tras una visita a la Argentina a mediados de los años noventa del siglo XX. Andrea González, nieta de Julio Domingo, ayudó a contextualizar estas breves notas gracias a su aportación generosa. Finalmente, Gema Mostaza Barrios, no sólo transcribió las cuartillas escritas a máquina para que pudiera trabajarse con ellas en formato digital, sino que también tradujo algunas expresiones que no se usan en la Península y que abundan en el texto. A los tres, gracias.

Mi interés porque este texto viera la luz no es únicamente académico. Es cierto que creo que se trata de un valioso testimonio que hasta ahora era únicamente conocido por la familia más cercana de Julio Domingo. También es verdad que creo que puede aportar algo de luz no sólo respecto a la emigración zamorana a la Argentina, sino también sobre la vida en el oeste zamorano durante el primer tercio del siglo XX. Pero esos motivos no son los únicos. Hay otro, más poderoso, que me ha impulsado. La madre de Julio Domingo, Josefa, era hermana de Manuela de Rábano, que no emigró con ella a la Argentina, quizá ya nunca sepamos por qué. Manuela se casó con Pedro de Barrio, el tío Pedro que aparece en el texto. Pedro de Barrio y Manuela formaron una familia. Uno de sus hijos, Manuel, se casó con Encarnación en 1929. Ambos continuaron con la tradición familiar y tuvieron su propio negocio ferretero, también en el Mercado del Puente. De ese negocio están poblados los recuerdos de mi infancia. Y es que Manuel, el mismo Manuel con el que Julio va de caza y despacha en la tienda durante su estancia en España, es el mismo Manuel al que durante la segunda mitad del siglo XX todo el mundo conocería en Sanabria como Manuel Barrios. Este Manuel, digo, era mi abuelo.

² Se refiere al movimiento de población de la agricultura, sector primario, al sector terciario o servicios. Fenómeno social de trascendental relevancia en España en la segunda mitad del s. XX (N.E.).

MEMORIAS DE MI VIAJE A ESPAÑA (AÑO 1929), 14 AÑOS

Partimos del pueblo de Punta Alta, próximo a Bahía Blanca, un día lluvioso, el sábado 3 de julio de 1929 a las 7,30 horas y llegamos a esta última ciudad a las 8,15 horas. Después de varias horas de estadía tomamos a las 11,30 horas un tren en dirección a Juárez, arribando a las 19 horas, luego de haber recorrido unos 300 kilómetros. Aquí estuvimos el día 3 por la noche, el 4, el 5 y el 6 partimos en el rápido de 17 h., llegando a Plaza Constitución aproximadamente a las 8 de la mañana del día siguiente. En Juárez pasamos momentos muy agradables con María Antonia y Tomás Prada, mis padrinos. En la Capital Federal un taxi Oldsmobile³, cerrado, nos condujo a la calle Esmeralda n° 964 donde residía doña Jesusa Alonso, demostrando el “chouffeur” (*sic*) ser un verdadero maestro en el arte de conducir el vehículo.

Buenos Aires, la Metrópoli argentina, es una ciudad nueva, de construcción y arquitectura también moderna, con una población muy grande, estimada en 3 millones de habitantes, con parajes típicos y alegres como la Boca, el Tigre y todos sus contornos. Disfrutar de la alegría que produce a los viajeros, en el periodo de la fruta, ver surcado el río en todas direcciones por canoas y lanchas cargadas hasta casi la borda, y bien sumergidas en el agua, debido a su peso, es sentirse privilegiado por la proximidad y contacto con la naturaleza. Recorrimos en las típicas “bañaderas” Palermo y el Parque Japonés, grandes teatros como el Colón y el Nacional, lugares como el Congreso y Plaza de Mayo y muchos otros. Los subterráneos –para mí, que nunca los había visto– me parecieron maravillosos, el ver atravesar la ciudad de Buenos Aires por túneles de gran extensión, y en los cuales, al tener vía libre, pueden tomarse mayores velocidades y llegar más rápido a un punto determinado. Así encontramos estaciones como Plaza Once, que es el centro de todo este sistema de comunicación subterránea, y en cuya estación propiamente dicha, existen vidrieras y vitrinas con propaganda, y mercaderías de diversas casas de comercio y amplias escaleras de comunicación con las veredas de superficie de los peatones de la ciudad. En resumen, Buenos Aires es una ciudad moderna, a la que afluyen turistas atraídos por sus encantos y por las regiones pintorescas en las inmediaciones de su entorno.

Los dos primeros días de nuestra estadía transcurrieron rápidamente. Caminábamos por diversas calles de mucho tránsito, tales como Avenida de Mayo, Florida, etc., que aunque de menor importancia por su vialidad (*sic*),

³ Marca de coches estadounidense, la más antigua (1897) junto con Mercedes y Peugeot. La mayor parte de su existencia dependió de General Motors, dejó de fabricarse en 2004 (N.E.).

tenían algo de original y típico, que nos retiene muchas veces a adquirir objetos que tenía previstos, y otros que lo hace por tratarse de una innovación. El día 9 de julio pudimos presenciar el gran desfile de nuestras tropas, con sus equipos y pertrechos correspondientes, pero con un día lluvioso, que aún siendo llovizna, se calaba. Terminado de arreglar nuestros pasaportes y pasajes en el Consulado Español y demás oficinas, a 21,30 horas del 9 de julio nos embarcamos en un buque de grandes dimensiones, el cual debía llevarnos a Europa. La tarea del embarque nos costó buen trabajo, pues todo el mundo se aglomeraba, perdiendo más tiempo del necesario, por lo que debimos esperar un rato haciendo una buena “cola”, para pasar con nuestras valijas, que constituían todo el equipaje. Alguno que otro retornaba por la planchada, pues no había sido aprobado la respectiva documentación para embarcar. Varias familias estaban en el muelle para despedirnos; contábase entre ellas, Jesusa Alonso y la familia Barrera. La despedida en la planchada fue triste, pues resultaba duro separarnos de aquellos queridos amigos, aunque íbamos a disfrutar de nuevas tierras (para mí), donde nos encontraríamos con antiguos amigos de mis padres y, todos los familiares, desde mis dos abuelas, tíos, primos y parientes más alejados. El buque no partió hasta 3 horas después (cuando ya era 10 de julio), y así fue que una vez puestas en acción las máquinas, comenzó a girar hacia el costado del muelle, accionado por un remolcador que tiraba a toda máquina. El momento fue más emotivo que el anterior, soltadas las amarras, desde abajo muchos pañuelos flameaban bajo la claridad de la luz eléctrica. Igual tristeza reinaba a bordo del buque y correspondíamos con los pañuelos, hasta que la distancia nos hizo invisibles los unos a los otros y sólo Dios veía a ambos grupos, tratando de orientarse y ordenarse. Del otro lado del buque me quedé extasiado por el aspecto imponente que presenta el muelle con sus embarcaciones iluminadas, flotando en la inmensidad de las aguas. Poco a poco el paquete, en el cual pasaríamos una existencia de 13 días, se fue alejando más, hasta que ya dejamos de cruzarnos con embarcaciones, y pusimos proa a Europa, navegando por el río, por el inmenso río de La Plata, y teniendo como zona navegable la comprendida entre las boyas de acceso, el que es permanentemente dragado para evitar las encalladuras de los buques. El vapor que llevamos, en el que ya vivíamos, era el “Conte Verde”, de la compañía italiana “Lloyd Sabauda”, de grandes dimensiones y el más veloz de su época, pues en navegación su velocidad de crucero era entre 20 y 23 millas marinas (algo más de 40 km).

Habíamos partido de Buenos Aires, ya el día 10 de julio a las 0,30 horas y, con el mar sereno, llegamos al puerto de Montevideo (República de Uruguay), a las 7 horas del mismo. Teníamos asignado para nosotros tres un camarote con cuatro literas, lo que nos resultaba muy cómodo, pues una la destinábamos a apoyar cosas. Apenas salimos de Buenos Aires y nos insta-

lamos, acondicionamos las valijas y demás enseres. Traté de dormir pero por espacio de varias horas estuve desvelado, no sólo por el cambio de lecho, sin también, aunque parezca increíble, los leves crujidos de la estructura del paquebote, el que aumenta bastante cuando el mar está muy agitado. Para mí la navegación, por ser la primera, era toda una novedad, pese a que creía estar más seguro en tierra; esas cavilaciones me llevaron a que me probara el salvavidas de corcho que estaba en cada camarote, debajo de las literas, comprobando que me quedaba bien, que las ligaduras estaban perfectamente bien, y rogando a Dios largo rato en la cubierta, observando como íbamos entrando con el buque en el puerto de Montevideo, sin más testigos que los marinos que trabajaban, unos pocos pasajeros y unas veinte en el muelle uruguayo. Los marineros hacen las maniobras de amarre, se extiende la planchada a tierra y, después del descenso de algunos pasajeros, no muchos, ascienden los vendedores de fotografías, álbumes, sellos de franqueo, naranjas, mandarinas, bananas, ananás, cocos, cigarros, etc. Después de efectuada la maniobra de descarga y cargado en las bodegas de nuestro barco, ganado en pie, café y otras mercaderías, después de casi cinco horas, soltamos amarras y levamos anclas a las 12 horas. El remolcador dejó oír su silbato repetidas veces y después de habernos remolcado unos centenares de metros, seguimos navegando por nuestros propios medios, rumbo a las aguas de Brasil. Partimos en dirección del puerto brasileño de Santos, muy importante por cierto, pero antes de poder arribar al mismo, tuvimos que afrontar una fuerte tormenta que es habitual en la región, frente al golfo Santa Catalina. Las aguas estaban muy picadas, y uno casi se descomponía, o mejor dicho, se contagiaba al ver a los demás pasajeros (no todos) desfallecidos y mareados. El buque comenzó a rolar moviéndose y elevándose. Los pasajeros abandonaron la cubierta y se refugiaron en los salones. Dicha cubierta era mojada por las enormes olas, a veces el agua pasaba a la otra banda, aunque con muy poca intensidad. Una vez pasada esta parte del mar de Brasil se aquietaron las aguas, y todos volvimos a un estado normal, a excepción de algunos enfermos, que por su estado tardarían en reponerse completamente. Poco después de lo narrado llegamos al puerto de Santos el día 13 de julio de 1929 a las 13,00 horas, donde permaneció el tiempo suficiente para descargar y además cargar gran cantidad de café y otras mercaderías. Hacía mucho calor y desde las barandillas del buque y escaleras de vigías, pudimos apreciar todo el panorama que ofrecía. No solamente en este puerto, sino a lo largo de la costa brasileña, es interesante observar cómo afluyen fruteros y vendedores de diversos productos, que vienen generalmente de islas próximas en pequeñas embarcaciones a remo, y que antes de atracar el paquete reman paralelamente a él. Esta gente humilde, que se gana la vida tan honradamente, y a costa de sacrificios, se hacen simpáticos, con su lenguaje, mitad en castellano y mitad en brasileño. Como de su pequeño bote no pueden comerciar tan fácilmente, a causa de la diferencia

de nivel (más de diez metros), emplean un sistema muy práctico: toman una soga fina, hacen llegar una parte a la baranda de la cubierta y colocan en la otra la cesta; en la que los nativos ponen los artículos pedidos a viva voz, y vuelve la cesta al bote, con el importe convenido; claro que a veces no todos proceden con honestidad, y aparece algún pícaro que no paga. Este sistema se ha establecido, porque generalmente en los puertos de escala, no dejan subir a bordo a vendedores.

En navegación, mientras nuestro buque recorría muchas millas marinas, a la mañana temprano me gustaba colocarme en la punta de la proa y admirar el momento en que cortaba el mar en la línea de flotación, produciéndose gran cantidad de espuma, y el rugido producido por el viento al chocar en el aire con el agua. También resulta interesante el seguimiento que hacen las gaviotas, durante buen tiempo, al partir o antes de llegar a puerto, y su presencia indica que se está próximo a tierra y obedece a que llegan en busca de alimentos.

En la sala de juegos había un gran mapa con la ruta marítima que nosotros seguíamos, y clavaban una pequeña banderita del color del país, frente al cual navegábamos, que indicaba nuestra posición. Como el buque poseía imprenta, diariamente se editaba, en colores, una síntesis de las noticias más importantes del mundo y también el menú del día. En el barco había diversas diversiones o entretenimientos: unos bailaban, generalmente música argentina, y yo me contentaba con mirarlos, pues con mis 14 años no había intentado aprender. Algunos cantaban, se jugaba a las damas, ajedrez, dominó. Yo, por mi parte, leía, jugaba a los naipes y al ajedrez. También en la cubierta se jugaba a algo que no conozco el nombre. Se trazaban unos círculos con tiza y con unas palitas de madera, había que empujar una especie de tejos de madera y había que embocarlos en los círculos.

Una vez que partimos de Santos, las horas de viaje se fueron sucediendo hasta atracar en Río de Janeiro, capital de Brasil. Una de las cosas que más me sorprendió, fue la sardina voladora. ¡Quién podría creer que un pequeño pez fuera capaz de salir del agua, elevarse en el aire y cual pájaro de cuerpo liviano mantenerse en el mismo durante 50 metros, para volver a sumergirse en la inmensidad del océano! En algunas regiones, cuando la proa del buque abre el mar, salen estos peccecitos, en grandes bandadas, a ambos lados. Como blancos, con la luz del sol, parecen plateados.

Llegamos a Río de Janeiro, una ciudad muy populosa. Algo antes de entrar en el puerto, sobre la costa, aparece el famoso Pan de Azúcar, que es un enorme cerro, de la forma de un cono, y el cual está comunicado con la ciudad por medio de un cable-carril bastante largo. El cerro es rocalloso, y el panorama a ambos lados es maravilloso. Desde este último punto enviamos tarjetas a la República Argentina y también a España (estas últimas iban a llegar antes que nosotros, debido a que iríamos recorriendo distintas ciudades de España).



Cédula de nacionalidad del autor.

Desde el comienzo del viaje nos hicimos amigos de los del camarote de enfrente, un matrimonio muy bueno, y nuestra amistad fue en aumento, siendo los compañeros inseparables en el comedor y de juegos, y seguimos

juntos por España, recorriendo Cádiz, Sevilla y Madrid. En Río de Janeiro, hallándose atracado el buque en dicho puerto, sufrí un revés de la naturaleza que me obligó a permanecer en cama casi dos días, pues estando en el puente, contemplando la ciudad y sus alrededores, con los anteojos de largavista, tomé una rápida insolación, resfriándome y descomponiéndome rápidamente. Como se aprecia, el sol de esta zona es muy fuerte y debía haberme cubierto la cabeza con un sombrero.

Las costas de los ríos o brazos de mar que dan acceso a los puertos del Brasil son maravillosos por sus riberas, todas surcadas de plátanos, con sus hermosas frutas pendiendo y por su verdor sobre los mismos cerros.

De Río de Janeiro partimos para hacer el tramo más largo de todos, tardaríamos 8 ó 9 días, sin escalas, para llegar a Cádiz. El mar seguía estando tranquilo, de un azul-verdoso y bastante transparente. El clima, eminentemente caluroso, toda la ropa estorbaba y uno se bañaba a cada rato. Posteriormente nos encontramos, a distancia, con una ballena que echaba chorros de agua por su cabeza y parecía un aparato gigantesco flotando en la inmensidad de las aguas, que expelía agua por medio de una bomba. Una vez pasado frente a las costas de Bahía, sin hacer escala, y después de varios días de navegación, cruzamos la línea del Ecuador. Una fiesta fue preparada, animada por el bullicio, la alegría y la armonía de a bordo, con cantos peculiares y se repartieron caramelos y golosinas a los pequeños, para festejar el momento en que el gran trasatlántico atravesaba con su ruidosa coraza la tradicional línea geográfica. La orquesta del buque, que tocaba todos los días, ejecutaba un tango y el público comenzó a entusiasmarse con el baile. Luego se hicieron diversos juegos, entre ellos el moscardón, la pita ciega, con momento de hilarante alegría.

A posteriori, nos encontramos con la isla San Paolo (Brasil), luego navegamos entre las Islas Canarias y África. De las primeras pasamos a pocas millas de distancia.

Precisamente ya a la altura del África mi padre envió un radiograma al pueblo de Cervantes (España), avisando que estábamos en viaje y la fecha en que arribaríamos. Ese día coincidía precisamente con la celebración de la Virgen del Carmen, patrona de ese pueblo. Cuando llegamos nos enteramos que se revolucionó la fiesta con la noticia, ya que mis padres regresaban a su terruño después de 23 años de ausencia.

Es verdaderamente imponente el espectáculo que ofrecen dos buques al cruzarse en alta mar, en la oscuridad de la noche, a unos 300 metros de distancia, profusamente iluminados, con sus tripulaciones y pasajeros, contemplando y saludando, donde en esas circunstancias se olvida el egoísmo de las ciudades y se sienten hermanados. Si el cruce es de día las bandas de

ambos ejecutan música, se saludan de uno a otro buque y los mismos hacen sonar sus sirenas.

El día 24 de julio de 1929 y después de un inolvidable viaje, por la serenidad de las aguas y la carencia de contratiempos de cualquier naturaleza, nuestros ojos alcanzaron a percibir la Rada y, prontamente, al reino de España. En el trayecto de Río Janeiro a Cádiz nos encontramos con una espesa niebla, que duró unas 20 horas, durante las cuales la ciudad flotante hacía sonar su sirena para justificar su presencia, a intervalos de 5 a 10 minutos, y además tañían cada media hora las campanas de la embarcación. De noche estos toques se hacían más rápido y hasta impedían, por su estridencia, dormir las horas necesarias, pero nadie se quejaba, pues ésta era una medida tomada para seguridad de los pasajeros y del propio barco. Cuando salió el sol, la niebla se había disipado por completo.

En el buque, a causa de ser italiano, se comerciaba en moneda de ese país, así que tuvimos que ver al Comisario para reemplazar parte de la moneda argentina. El cantinero contó con nuestro apoyo, principalmente al atravesar zonas tórridas, a causa de los refrescos chops que expendía.

Como venía diciendo, en la mañana del 24 de julio, de la Rada llegó en una lancha el control de Sanidad y en otra, el práctico, que subió a bordo del buque, para dirigir las maniobras de entrada a puerto. Esta costumbre, como el control sanitario, es una medida de previsión que se toma en todos los puertos, para evitar la importación de epidemias. Siguió la nave hasta unos 1.000 m del muelle y, después de haber detenido la marcha, largó anclas. Los bultos y valijas que poseíamos las llevamos a las bodegas para desembarcar más cómodamente. Luego pasaron con el guinche⁴ los bultos y valijas al remolcador. Se nos indicó que nos preparáramos a salir por una planchada que se colocaría al costado del buque, la cual desembocaría en un remolcador para pasajeros. Así era en efecto, pues el remolcador “Cádiz” estaba allí apostado. Pero esta vez la gente ya era más ordenada que cuando embarcamos y nadie se atropellaba, todos éramos amigos y primaba la cortesía. El buque seguiría con el resto de los pasajeros a Francia e Italia. Nosotros tres íbamos con el matrimonio formado por Elena y Santiago, cuyo apellido no recuerdo, pero se dedicaban en el Chaco a la siembra y recolección de algodón, y que ocupaban en esa región algunos indios trabajando por tanto en temporada. Su posición económica parecía acomodada, e iban a pasar como nosotros de 6 a 10 meses, para retornar a nuestro país. También formaba parte del grupo un leonés llamado Nuevo Bueno, de profesión electricista, y que también era turista. Tengo que observar que el “Conte Verde”, en lo que concierne a los

⁴ m. Amér. grúa portuaria, para levantar y trasladar cargas (N.E.).

enseres del comedor no nos conformaba, ya que algunos utensilios y platos para comer estaban algo deteriorados. De todo esto resultó que con frecuencia debía reponer parte de esos elementos ya que los pasajeros, disimuladamente, tiraban por el ojo de buey al mar los averiados. Se dio paso por la planchada, y el desembarco fue lento, ya que se bajaba pausadamente y las personas de mayor edad, eran protegidas por la mano pródiga de los tripulantes españoles del remolcador, que resultaron muy amables.

Al cabo de más de una hora nos correspondió a nosotros el desembarco. El remolcador “Cádiz”, que nos esperaba, nos llevaría al muelle. Un sereno capitán de gruesos bigotes, impartía instrucciones a sus subordinados para el trasbordo. Al partir tuvimos la triste impresión de cuando un hijo se separa de sus padres para siempre. Todos éramos muy amigos. Desde lo alto del trasatlántico se agitaban los pañuelos como despedida y nosotros procedíamos de la misma forma. Desde nuestro remolcador pudimos contemplar el panorama maravilloso que presentaba la ciudad de Cádiz, de antigua construcción, con pocos edificios que se destacaran, pero toda pintada de blanco. Los buques no atracaban directamente al muelle para evitar mayores gastos de maniobras. Una vez detenida esta embarcación, por una pequeña escalinata, accedimos al muelle. Al fin pisábamos tierra española ¡por lo que en ese momento me sentí muy emocionado! Eran las 9 de la mañana del día 24 de julio de 1929, cuando esto sucedía. Varios mozos de cordel o changadores⁵, prontamente se disputaron nuestro equipaje. Rápidamente noté su distinta forma de hablar y el distinto uso de algún vocablo. En la Aduana, que quedaba a unos 300 metros, comenzó la parte más abrumadora: la revisión del equipaje, para lo cual era menester esperar turno, ya que las autoridades españolas procedían con mucho detalle. Por fin nos correspondió a nosotros, siendo verificado todo su contenido. Nos querían hacer pagar arancel de Aduana por un antejo de larga vista en uso y una linterna pero, luego de una conversación entre el guarda-jefe con mi padre, se nos eximió del pago. Tan minucioso es el control, que a un viajero le observaron una pequeña vitrola portátil y unos cuantos discos, asignándole como derecho un valor mayor de estos enseres, por lo cual optó por no pagar y dejarlo decomisado en la Aduana. A causa de que España tenía el monopolio de la fabricación de cigarrillos y fósforos, los portadores de un atado de cigarrillos o una caja de fósforos eran despojados de ello, si no abonaban el arancel pertinente, que resultaba elevado. Con respecto a las armas de fuego, había sumo cuidado en impedir su portación, por lo cual eran secuestradas.

⁵ m. Amér. Mozo que carga y descarga bultos en un puerto, aeropuertos, mercado, etc. (N.E.).

Una vez colocado a nuestros bultos el sello de verificación de Aduana, y accediendo a la propaganda que hizo un corredor del hotel que representaba, llegamos a las 24 horas, al hotel “Comercial”, situado a pocas cuadras del puerto y de la estación ferroviaria, con bastante apetito y nos fuimos a descansar. Este hotel, no obstante ser muy promocionado, dejó bastante que desear. Nuestra estada (*sic*) aquí fue el 24 y 25 de julio y, el 26, a primera hora partimos. Recorrimos el puerto, en el que había muchas lanchas de pesca, y sobre la vida nocturna, en las pescaderías ponen música argentina, para atraer clientela. La mayoría de sus calles, a excepción de las ubicadas frente al puerto, son tan estrechas que solamente pasa un solo vehículo por la calzada. La primera noche no pudimos dormir, por el calor y la presencia de chinches, lo que trajo aparejado un altercado con el dueño.

El 26 de julio a las 5,30 horas de la mañana y una vez obtenido nuestro billete kilométrico ferroviario, partimos hacia Sevilla, donde llegamos a las 8 horas aproximadamente. Los trenes tienen tres categorías: 1^{ra}. clase, que es mejor que la argentina, 2^{da}. que es intermedia y 3^{ra}. clase, similar a la 2^{da}. argentina. El tren pronto alcanzó buena velocidad y parecía que el suelo era más firme. Pronto advertimos un espléndido panorama, pues en medio de oscuridad se veía blanquear acá y allá, montones enormes de sal, en sus piletones, para su elaboración. La temperatura era calurosa, pero estábamos en pleno verano. A medida que llegábamos a Sevilla, se veía surgir una hermosa e histórica ciudad, en la que se destacaban su gran número de picos, correspondientes a iglesias, catedrales, cúpulas, etc. Descendimos del tren los seis componentes del grupo. Tomamos un taxi, y después de informarnos bien sobre la calidad de los hoteles, para tener algo más de confort que en Cádiz, nos hospedamos en el hotel “Hispano”, después de haber cruzado la ciudad. Así es que el día 26 de julio nos encontrábamos en la maravilla de España. Comimos, descansamos y salimos a recorrer. Vimos varias catedrales que eran verdaderas obras arquitectónicas, grandes naves de estilo gótico con magníficas decoraciones⁶. El hotel resultó muy cómodo y la limpieza su orgullo. El día 27, a las 8 de la mañana fuimos de paseo, llegando al Puente de Triana, por el cual pasa el río del mismo nombre⁷. En las márgenes de este río, se halla el conocido barrio de Triana, de edificación antigua y ventanas con rejas. En muchas ciudades hay vendedores ambulantes que venden churros, que para algunos es el aperitivo típico, acompañado por un aguardiente. El

⁶ El autor se refiere a iglesias, ya que en Sevilla sólo hay una catedral, la Catedral de Santa María (N.E.).

⁷ Inexactitud disculpable del autor: el río que pasa bajo el puente de Triana es el famosísimo Guadalquivir (N.E.).

río estaba surcado por lanchones y otras naves, que seguramente se dedican al comercio fluvial. Muy próximo a este barrio, se estaba instalando iluminación y ornamentos para la fiesta de la Bombilla⁸, que según cuentan los naturales, alcanza lucidos contornos. A las 18 horas nos dirigimos a lo que tanto nos había atraído, por su gran propaganda, la promocionada, la Exposición Ibero-Americana de Sevilla. Por suerte, tal publicidad se vio ampliamente justificada, pues era una obra muy importante y digna de elogio. Pocos días antes de llegar nosotros a esta ciudad, el Rey Alfonso XIII, acompañado por su séquito, recorrió oficialmente en automóvil las calles de la ciudad y la mencionada exposición, y luego de varios días se ausentó. Una vez detenido el auto frente al portal, descendimos y adquirimos las entradas en la boletería, las que permitían sólo el acceso al terreno cercado en que estaban construidos los distintos pabellones (pagamos 2 pesetas por persona). Comenzamos a recorrer lo que era una ciudad edificada, en la que había pabellones de casi todos los países de América. En alguno de ellos, como el Pabellón Real Español, cobraban otra entrada para su acceso; en cambio el pabellón Argentino, el de “La Prensa” y “La Nación”, eran gratuitos. Cada uno de los pabellones tenía compartimentos, donde se exhibían sus productos y artículos. Recuerdo que en el pabellón argentino se exponían, entre otras, las diversas calidades de algodón procedente de nuestras regiones norteñas, las distintas clases del trigo, gran variedad de arneses y demás elementos para montar. También aparecía un caballo tan bien armado, que por las formas y la tirantez del cuero daba la sensación de estar vivo y contaba con todos los aparejos propios, inclusive la silla de montar. También se exponían minerales de distintas naturalezas. En otra de las dependencias se veían los aparatos y carros de cocina que usaba el Ejército argentino, así como también baterías de cocina. Dentro del local había un hermoso salón para proyectar películas, al que concurría mucha gente a la noche. Hubo algo que hizo vibrar en mí la sangre, que siempre añora el lugar en que se nace. Ocurrió que mientras me hallaba observando algunos objetos, vi una maqueta de bronce de un metro cuadrado y de una altura de 30 centímetros, cuya silueta me resultaba familiar; al acercarme tenía grabada la inscripción: Primera Región Naval –Puerto Belgrano– República Argentina, y reproducida con sus edificios principales. También se exponían uniformes de oficiales y sub-oficiales de la Marina y del Ejército. En el frente del edificio resplandecía la bandera argentina al tope ¡Qué linda emoción! Salimos de este edificio y continuamos recorriendo hasta llegar al pabellón del diario argentino “La Prensa”, que goza de mucho prestigio. Era pequeño en relación a otros, dimensiones aproximadas de 5x5 metros. En ella podían

⁸ No sabemos a qué fiesta se refiere el autor (N.E.)

verse exhibidas gran cantidad de fotografías de Argentina y España. Un señor, que luego resultó ser un enviado especial del diario, nos hizo notar la presencia de un gran libro-álbum, en el cual asentamos los datos y firmamos. Luego de haber adquirido el ejemplar del diario extraordinario “La Prensa”, de gran tiraje, y dedicado exclusivamente a la exposición, visitamos el pabellón de “La Nación”, donde ocurrió algo similar al anterior. Visitamos otros pabellones, recordando la belleza del Pabellón Real Español, la fortuna en piedras preciosas del de Colombia y el de Brasil, poniendo en evidencia los recursos naturales con que cuenta. Afuera había hermosos parques delineados, próximos a la ciudad-Exposición, con pequeños lagos artificiales y aves acuáticas de diversos tipos. En la orilla destacábase, por su belleza, un magnífico pavo real, con su plumaje encrespado y tres pequeños que lo acompañaban. Un pequeño tren de trocha angosta⁹, bajo y sin techo, similar al del parque Japonés de Buenos Aires, recorría la exposición sin omitir ningún rincón. A la noche volvimos para apreciar su maravillosa iluminación. De Sevilla se destaca por su fama la denominada torre La Giraldilla¹⁰ (*sic*), con sus 25 campanas. Una escalera interna en forma de caracol, da acceso a la torre. Desde arriba se puede apreciar casi toda la ciudad. Nuestras intenciones habían sido visitar también la Exposición de Barcelona, pero debimos desistir, porque nos quedaba muy a trasmano en el recorrido, lo que nos llevaba a efectuar un rodeo muy grande, así es que fuimos directamente a Madrid.

Partimos de la estación de Sevilla en la mañana del 25 de julio, llegando a Madrid aproximadamente a las 20,30 horas. Continuábamos el grupo de los seis. Por las vías del ferrocarril, entre estas dos ciudades, atravesamos las provincias de Córdoba, Jaén, Ciudad Real y Toledo. El viaje fue en general bueno, pero a pesar del buen día, la tierra de los campos levantada por el viento molestó durante las últimas horas. El terreno montañoso de España trae aparejada la necesidad de construir túneles, algunos de varios kilómetros. De repente se encendían las luces del convoy, luego atravesábamos el túnel, para salir más adelante a la claridad solar. Hay bastantes controles policiales, en los que se pone mucho empeño. Cada varias estaciones de recorrido era constatada la identidad de los pasajeros. Mientras nos hallábamos a un par de

⁹ Vía estrecha (N.E.).

¹⁰ Giralda es el nombre que recibe el campanario de la Catedral de Santa María de la ciudad de Sevilla, en Andalucía (España). Los dos tercios inferiores de la torre corresponden al alminar de la antigua mezquita de la ciudad, de finales del siglo XII, en la época almohade, mientras que el tercio superior es un remate añadido en época cristiana para albergar las campanas. En su cúspide se halla una bola llamada tinaja sobre la cual se alza el Giraldillo, estatua que hace las funciones de veleta y que fue la escultura en bronce más grande del Renacimiento europeo.

horas de Madrid, apareció un hombre de gorra vasco, que pidió la exhibición de documentos. Mi padre le pidió sus credenciales y él dando vuelta la solapa del saco, mostró una chapa plateada, de la policía. Cuando notó que éramos extranjeros, nos explicó, que en todos los ferrocarriles había agentes de esta naturaleza con análogas funciones. Y efectivamente, lo que nos previno, ocurrió más tarde. En Madrid, Sevilla y otras estaciones hay gente que se gana la vida con vasijas de barro conteniendo agua fresca. Una vez saciada la sed, le dicen que paguen lo que quieran. En las estaciones también vendían unas viandas, conteniendo pan, jamón, etc. En los campos se observan grandes plantaciones, especialmente olivares.

Al fin llegamos a Madrid, una ciudad muy populosa, donde se movían miles y miles de personas en plena actividad. Nos dimos un buen baño, ya que a raíz del viaje nuestras caras y ropas tenían mucha tierra adherida. Habíamos llegado a la gran estación del “Mediodía” y atravesamos el andén con nuestro equipaje, donde esperábamos encontrar algún familiar o amigo de mi padre, pero no fue así. Mucho no nos importaba, porque contábamos con un buen guía, mi padre, que desde muchacho pasó trabajando en Madrid y lo conocía todo al detalle. Después de escuchar varios de hotel que hacían sus promociones optamos por hospedarnos en el hotel “Bellas Artes”, sito en la calle Alcalá n.º 40. Tomamos un vehículo y nos dirigimos a él, siempre el grupo de los seis. En el trayecto nos previno mi padre que el lugar era céntrico y, cuando llegamos comprendimos que tenía razón. Estaba situado en pleno centro, siendo una de las calles más favorecidas, frente al teatro “Apolo” y con un edificio monumental. A un par de cuadras se hallaba la famosa Puerta del Sol madrileña. Un poco más adelante estaba ubicada la conocida “Fuente de la Cibeles” (la fotografía de este hotel, está incluida en mi álbum). La Puerta del Sol es el núcleo central de comunicaciones: tranvías, subterráneos, ómnibus, que parten de aquí en todas las direcciones. El día de la llegada comimos en el mismo hotel, atendidos por una bella madrileña, cuyo acento típico de esa región la hacía aún más simpática. Muy amable, conversaba discretamente, servía las mesas con precaución y para cada uno de los parroquianos tenía tema. Bajamos por el ascensor varios pisos, y nos encontramos en la arteria Alcalá, a las 22 horas, con un tumulto de gente que frecuentaba los cafés para distraerse unas horas. Regresamos medio tarde y nos acostamos. Las camas eran confortables y dormimos bien. Cuando me desperté, mi padre ya se había ido. No habían pasado 10 minutos, cuando apareció acompañado por un joven, de quien dijo que era *chauffeur* del taxi que había ocupado y que esperaba para llevarnos a todos. Llevaba polainas de cuero altas. Mientras duraba el silencio mi madre dio un grito de alegría, y se apresuró a abrazar al joven, festejando el reencuentro, pues éste era nada menos que su sobrino –y mi primo– Francisco Barrios. Mi padre lo había ido a buscar a la casa de la

Duquesa de Santo-Mauro, donde trabajaba de mecánico, desde que terminó el servicio militar. Luego de desayunar, partimos todos a visitar a un tío de mi padre (del mismo nombre), donde almorzamos. Tanto él como su esposa e hijo, fueron muy atentos con nosotros. En ese tiempo reinaba Alfonso XIII, y la semidictadura del Marqués de Estella, Primo de Rivera, prohibía ciertos piropos, con multas¹¹. A la tarde estuvimos en casa de otro amigo de la infancia de mi padre, con una hija maestra y un hijo empleado en el ferrocarril, pero se hallaban ausentes. En Madrid permanecimos los días 27, 28, 29, 30 y 31 de julio y el 1 de agosto. Durante ese tiempo recorrimos la mayor parte de la ciudad.

Cuando regresamos a la tarde al Hotel, ya nuestro compañero de viaje, Bueno Nuevo, había armado un aparato receptor de radio corriente. Para él esta fue una operación sencilla, ya que era electricista del Ferrocarril del Sud y entendía en esa clase de aparatos; él mismo lo fabricó, llevándolo desarmado a España, donde se tomó el trabajo de reconstruirlo. La amistad de nuestro grupo era muy hermosa, pero ya iba a durar poco, pues a pesar de que todos sentíamos la separación, era necesaria, pues nosotros iríamos a Zamora y los otros al oeste y a León. Después de cenar, el 29 de julio nos vino a buscar mi primo Francisco, buen conocedor de Madrid, para ver una obra teatral. Aceptamos la invitación y nos dirigimos al teatro “Eslava”. Sacamos las entradas y nos ubicamos en la mitad de la sala. Era de muy buena arquitectura, en forma de herradura y ostentaba magníficos ornamentos sobre los palcos. Todo alrededor, pero en pisos superiores, había también gran número de espectadores. Al iniciar la obra, la sala estaba completa, y se destacan varios cantores españoles, que llevaron a cabo, en forma elogiosa, el alegre y armonioso estilo flamenco, que yo ya conocía. Terminado el espectáculo fuimos a tomar algo refrescante, pues era noche de calor. De noche había bastante vida nocturna, en parte femenina, que permanecían hasta las dos o tres de la mañana.

Al día siguiente recorrimos calles de Madrid, para hacer compras y mi madre se hizo adaptar un vestido en una casa de modas y adquirimos zapatos, de buena calidad. Después de almorzar, el mismo día 29 de julio, fuimos a casa de Francisco Fernández, en compañía del primo Francisco, el que estaba comprometido con Pilar, la hija de este señor. Fuimos en el subterráneo, denominado el “metro”, muy similar a nuestro “Subte” de Buenos Aires, con paredes recubiertas con azulejos blancos. El domingo, 30 de julio, tuve oportunidad de asistir a algo que me había atraído siempre: las corridas de toros.

¹¹ La Dictadura de Primo de Rivera se produce tras un golpe de Estado, el día 13 de septiembre de 1923, apoyado por el rey Alfonso XIII. El poder fue detentado por el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, hasta su dimisión en enero de 1930 (N.E.).

Fue así como, en compañía de mis padres y primos, concurrimos a las Gran Plaza de Toros de Madrid, que se asemejaba a un enorme *estadium* olímpico de deportes. Las gradas se unían en forma circular en una sola pieza, encerrando en su interior el ruedo o arena, donde se desarrolla la lidia del toro. Las gradas eran de cemento armado y al finalizar estas, abajo, se hallaban los palcos. Las entradas eran muy solicitadas y bien cotizadas, razón por la cual tuvimos que adquirirlas con antelación. Después de tomar un taxi en nuestro hotel y apreciar los trabajos de demolición que debían realizarse para la construcción y ensanche de la Gran Vía, que ya se hallaba en ejecución, hicimos nuestra entrada a la plaza taurina a las 14 horas aproximadamente. Se hallaba atestada de espectadores, y las localidades que quedaban libres eran ya escasas. Ubicados cómodamente, gracias a los almohadones que alquilamos, pudimos presenciar la lidia de seis toros, que esa tarde debía celebrarse. El público comenzaba ya a ponerse impaciente y silbar, por la tardanza del inicio, lo cual fue interrumpido por los acordes musicales del clásico pasodoble, lo que implicaba que el acto comenzaría de inmediato. Al compás de la música desfilaron los toreros con sus hermosos trajes brillantes, su sombrero negro, una chaquetilla corta, pantalón ajustado, con medias y zapatos negros. Escoltaban a los toreros los picadores montados sobre sus caballos, protegidos por una coraza de corcho, al igual que las cabalgaduras, y con una lanza en la diestra y las riendas en la otra, daba la sensación de ser expertos jinetes. Muy próximo a éstos se encontraban los peones, es decir, aquellos que acompañaban a los toreros durante el tiempo que dura la prueba, y en última instancia, los banderilleros, que son los que –con bastante riesgo– tienen a su cargo la tarea de incitar a los toros. Terminado el desfile se abre una puerta por la cual aparece un toro grande, que parece estar en calma y algo cohibido por la presencia del público, pero que pronto ha de estar como en una dehesa (campo grande), donde se dedican a criar estos animales y hacerlos agresivos. El toro descubre la presencia del torero, pero no lo ataca, sino por el contrario es el lidiador quien debe provocar el enfrentamiento, atrayéndolo al lugar en que él se encuentra, mediante el despliegue de la capa roja. El toro permanece tranquilo, pero es entonces cuando un muchacho joven, tomando un par de banderillas o espadines (especie de punteo de madera de unos 40 centímetros, con punta filosa), se acerca corriendo al animal y le clava sobre el lomo ambas púas, en forma simultánea, una con cada mano. Es una tarea de sumo riesgo, porque al sentir los pinchazos el toro levanta violentamente la cabeza, y sus astas pasan rozando los botones del audaz. En algunos casos resultan lesionados. Al ser agredido el toro se pone furioso y ataca velozmente al torero. Es aquí donde la brega comienza en serio, y el torero con mucha precisión, vista y velocidad, debe eludirlo con el pase de muleta. Constantemente se están jugando la vida. El toro continúa embistiendo hasta quedar extenuado,

61/62

601/602

PASAPORTE
REGISTRADO
FRENTE

9/16

El Cónsul General de España en la República Argentina
Le Consol Général d'Espagne dans la République Argentine

Concedo pasaporte a *Julián Monterrubio*
los Calzadas
de nacionalidad *Española*
con *catálogo* edad *37* años, reside en *Buenos Aires*
natural de *Riego* provincia de *Zamora*
profesión *Yoncajero*
inscripto en el Consulado *de* con el No. *14267*
del *14* de *Junio* de *1929*

ESPAÑA y REGRESO

medio del viaje *particular y*
para *su esposa y hijo*
personas que le acompañan *patrimonio*

Este presente Pasaporte es válido de los siguientes documentos:
[Firma]

Por tanto encargo a las Autoridades civiles y militares de la Nación, le dejen el paso libremente y luego a las de los países extranjeros a donde se vaya libremente, el primer viaje sea para *[Firma]* si se dirigen, no le pongan impedimento alguno en su viaje; antes bien le den todo el favor y auxilio que necesitare, dando todo el apoyo que se pida para el mismo.

Dado en Buenos Aires, a *6* de *Junio* de *1929*
Julián Monterrubio

Firma del Portador
Signature du Titulaire

El Cónsul General

Art. 10 de los
Derechos de
Imp. trans. *9.20*

Pasaporte de Julián y Josefa, padres del autor del relato de 1929.

circunstancia que aprovecha el torero para dar el golpe final y decisivo de la lucha. Tomando una larga espada, que envuelve cuidadosamente en la capa, de la cual emerge solamente la empuñadura, que es asida con mano firme, se va acercando cautelosamente con pasos cortos y, después de un instante de prueba y vacilación, extrae la espada, apunta al toro en la nuca, y con precisión matemática a un punto, que si va bien dirigido la muerte de la bestia es inevitable e inmediata. El golpe fue perfecto y el toro murió.

El público, frenético, aplaude a rabiar y envió al ruedo los sombreros y almohadones, como prueba de aprobación. Cuando ocurre, que falla el torero con la espada, silban y gritan, como reprobación. El cuerpo del toro yace inerte en la arena de la plaza, y es llevado a la rastra, por dos caballos, entrando por la puerta que ha pasado hace pocos minutos en plena vida. Como opinión personal, he cambiado de parecer. Ya no me atraen las corridas de toros, pues me resulta un espectáculo inhumano, donde los espectadores festejan una salvajada. En la segunda corrida, falló el torero. Las dos siguientes se desarrollaron sin novedad. En la quinta, el torero fue embestido por el toro con los cuernos y fue llevado al hospital. Se debió a un exceso de confianza del que quiso ganarse el aplauso del público. Más tarde, por diarios de Zamora, nos enteramos que, pese a la gravedad de las heridas, se iba reponiendo lentamente. La sexta corrida, tuvo desarrollo normal. Esta plaza taurina, en la cual viví momentos agradables y otros no tanto, iba a ser demolida, pues sería reemplazada por otra más amplia y cómoda, dentro de breve plazo. El pueblo español tiene por el toreo una pasión tan grande, que sólo es comparable con la de los “hinchas” argentinos por el foot-ball¹².

Cenamos en el hotel en compañía del primo Francisco y luego nos fuimos a descansar. En la mañana del 31 de julio, fuimos a casa de mi tío José (hermano de mi padre), quien se hallaba ausente. Cuando ya nos retirábamos tuvimos la suerte de encontrarnos con él, en el camino. Yo ya lo conocía, porque había vivido un tiempo en Punta Alta.

Luego de haber arreglado la cuenta en el hotel y despedirnos muy cordialmente de los dueños y servidumbre, llegamos con nuestro equipaje a la Estación del Norte de Madrid, donde quedé yo sólo, mientras mis padres iban a despedirse del tío José. Al poco rato aparecieron en su compañía, mientras yo conversaba animadamente con el primo Francisco (Paco). Tomamos las maletas y atravesamos un túnel de unos 100 metros, para llegar al andén, donde el tren ya estaba preparado. La despedida –como todas– resultó penosa

¹² El autor describe someramente una corrida de toros, olvidándose de aspectos fundamentales de la lidia como el llamado “tercio de varas” en el que el toro es picado desde el caballo (N.E.).

y nos instalamos en nuestros asientos. Las campanadas desde el andén y la sirena de la locomotora, anunciaban que el convoy se ponía en movimiento, acelerando paulatinamente su velocidad. Partimos de Madrid a las 22 horas del día 31 de agosto de 1929, atravesando en su marcha vertiginosa campos, en medio de la oscuridad exterior reinante. Después de una hora atravesando las provincias de Madrid y Segovia, llegamos a la capital de esta última. De ésta y luego de una hora más de viaje, arribamos a Medina del Campo, perteneciente a la provincia de Valladolid. En esta estación y siendo aproximadamente las 24 horas, descendimos para hacer cambio de tren. Tuvimos que esperar hasta las dos de la mañana del día siguiente, para tomar el nuevo tren con destino a Zamora. Esta espera nos resultó bastante pesada, pues permanecemos en la sala de espera, donde se encontraban unos veinte soldados españoles, recostados en los bancos. El tren, que tomamos en Medina del Campo, resultó algo más lento por las detenciones prolongadas en cada estación. Atravesando las provincias de Valladolid y Zamora, arriba a esta última (capital de provincia) a primeras horas de la mañana.

Al fin hicimos pie en Zamora, nuestro equipaje fue llevado por un changador. Observamos que la ciudad era una ciudad antigua por excelencia, cuyos edificios, la mayoría sin renovar a tono con el avance del tiempo, constituían un valor histórico arquitectónico, verdaderas reliquias. No falta allí la clásica Plaza de Toros. Nos hospedamos en un hotel, en el que fuimos todos a dormir, hasta que llegara la hora del almuerzo. Luego de haber comido y siendo las 13,30 horas nos dirigimos al punto desde donde partía la línea de ómnibus “Zamora-Puebla de Sanabria”. Antes de tomar el vehículo, pudimos apreciar las aguas del caudaloso río Duero, que cruza la antigua ciudad de Castilla La Vieja¹³.

Comenzamos a devorar kilómetros, facilitado por la bondad de las carreteras construidas entre las montañas y el viaje nos resultó grato. A las 17 horas merendamos en el mismo autobús. Iba transcurriendo la tarde y el fuerte calor decaía. A las 19 horas llegamos a Puebla de Sanabria (cabeza de partido). Al fin estábamos en el pueblo que tanto resonaba en mis oídos: “Puebla”, como comúnmente lo denominaban los naturales de esa región. Este pueblo era muy antiguo y algunos edificios databan de épocas muy remotas, como el Castillo, emplazado sobre una montaña, que era el cuartel general de la Guardia Civil de la zona y a la vez la prisión. Las casas modernas eran escasas, pero se notaba a simple vista que un vasto desenvolvimiento económico se desarrollaba en su interior. La montaña del castillo es la Cuesta de San Francisco, próximo al puente de cemento que lleva su nombre, sobre las aguas del río.

¹³ Zamora no pertenecía a Castilla La Vieja, sino al Reino de León (N.E.).

Nuestra llegada era esperada por muchos, pues como ya dije anteriormente, navegando frente a las costas del Brasil¹⁴ enviamos un radiograma a Cervantes (Zamora), pueblo natal de mi madre, y cayó como una bomba, pues llegó exactamente cuando se celebraban las fiestas de la Patrona, la Virgen de Nuestra Señora del Carmen, en la que avisábamos que íbamos en viaje. La noticia fue acogida con inmenso júbilo, porque nadie tenía idea del viaje. Mis padres regresaban a su terruño después de 23 años de ausencia. Unas cuarenta personas se encontraban detenidas frente al ómnibus. Todos miraban con ojos impregnados de curiosidad a los viajeros que iban descendiendo, hasta que cuando nos tocó el turno a nosotros, nos abrazamos y confundimos todos en una serie de abrazos. Poco a poco iba conociendo a mi abuela paterna, Juana, la abuela materna, María, tío Pedro, tío Emilio, tía Manuela, tía Lucía, tía Pilar, tía Paula, tío Federico, tío Santiago, tío Francisco, primos (descendiente del tío Pedro) Manuel, Miguel, Julia, Paco, Adoración y Belarmina, (descendientes del tío Emilio) Marcelino, Ángel, Eudosa (descendientes de la tía Paula) Ana y Nicanor, y un sinnúmero de amigos y otros familiares más lejanos, que celebraban con regocijo nuestra llegada. Inmediatamente nos trasladamos todos a una taberna, donde se bebió y brindó por nuestra presencia. Ahora nos faltaba únicamente recorrer el trayecto entre Puebla y Cervantes, unos 5 kilómetros. El equipaje fue trasladado a lomo de burro y la caravana íbamos a pie, conversando alegremente. Los tíos de mis padres, Santiago y Francisco, con sus mejores galas y a pesar de la avanzada edad, nos acompañaron lentamente. Mi primo Miguel, había llegado en una hermosa bicicleta, y me invitó a montarla, a lo que accedí gustoso. Llegamos a una arboleda, detrás de la cual se vislumbraba Cervantes. A medida que nos acercábamos al pueblo, los vecinos salían a darnos la bienvenida, especialmente a mi madre, con quien comenzaban ya a rememorar épocas de la infancia. Luego de tomar una callejuela y doblar un recoveco, llegamos a la casa del tío Pedro, donde debíamos pasar la velada y la mayor parte de los cinco meses que permanecemos. Una cena especial fue servida para todos los familiares. La abuelita Juana se quedó a dormir con nosotros en Cervantes. Después de conversar un rato, nos fueron asignadas las habitaciones correspondientes, en las que nos ubicamos y quedamos dormidos rápidamente. Despertamos a la mañana siguiente, cuando el sol ya estaba bastante alto. Los familiares de mi padre, a excepción de la abuela Juana, se fueron a sus pueblos.

Al día subsiguiente, mi padre y yo, en compañía de la abuela Juana, fuimos al pueblo donde nació mi padre, Riego de Lomba. Aconteció allí

¹⁴ En páginas anteriores refiere la emisión del telegrama cuando transitaban por la costa de África (N.E.).

otro tanto como en Cervantes. Todos los amigos compañeros de juventud se acercaron a darle la bienvenida. Yo había ido en la bicicleta de Miguel, papá en burro, y la abuela en otro. Ella, que tenía la cara arrugada y era menuda de cuerpo, se desplazaba de un pueblo a otro en su burrito, montado a la amazona. Habíamos hecho una primera etapa en el Mercado del Puente, en la taberna del Ochavo, donde tomamos algo fresco, pues hacía calor. Papá y yo habíamos permanecido dos días en Riego de Lomba, y regresamos a Cervantes, pero, a un par de kilómetros del Mercado del Puente, el camino se bifurca en dos, uno va a Cervantes y el otro a San Juan de la Cuesta. Nos equivocamos tomando el más parejo, que nos condujo al último pueblo. Al vernos dudar se acercó un señor que trabajaba afanosamente en una finca, al parecer de su propiedad, y le preguntamos si íbamos bien, a lo que nos dijo que no, y que teníamos que hacer un rodeo. Preguntándonos si éramos forasteros, se adelantaba con un barrilito de barro conteniendo vino fresco, lo cual celebramos porque hacía calor. Agradecemos la atención y, conversando, resultó ser pariente de mi madre. Partimos de nuevo y llegamos a destino, donde mis tíos nos esperaban desde la mañana.

A los pocos días mi primo Miguel y yo salimos de Cervantes en dirección a San Justo, donde tenía que hacer una diligencia. Había una distancia de unos 15 kilómetros, y partimos a pie costeano la ladera de la montaña Secundeira (*sic*) en horas de la mañana. Yo aún vestía de pantalón corto, fui persuadido por mi primo de que me pusiera uno largo que me facilitó y con gorra de vasco. El llevaba una buena escopeta calibre 16” de dos caños y en la cintura lucía una canana llena de cartuchos, además de una mochila. Comenzamos nuestra ascensión, por un lugar donde había muchas piedras grandes. Al poco de haber iniciado la marcha, el perro liebrero (*sic*)¹⁵, “Sil”, delató con su ladrido la presencia de un conejo que perseguía. Mi primo que era un cazador muy diestro disparó y cobró la pieza. Estos conejos tienen el pelo gris ceniza, y son similares a los de nuestro país, pero lo que no se halla en este es la liebre. Luego cazó un par de perdices grandes, tal vez como la martineta o perdiz colorada nuestra.

Desde un cerro notamos la presencia de un remanso del río. Hacia allí nos dirigimos y, como el calor era agobiante, aprovechamos para darnos un buen baño y nadar. Nos vestimos y comenzamos a pescar a base de dinamita. Previo a ello, mi primo examinó con la vista todo en derredor a la distancia. Sus precauciones eran fundadas, pues estaba prohibida tal forma de pesca y los guardias civiles, cuando intervenían, imponían fuertes multas. Tomando unos cartuchos explosivos, que había llevado de ex profeso (*sic*), lo cortaba

¹⁵ Debe referirse a un “galgo”, perro especializado en la persecución de liebres (N.E.).

en trozos, le ataba una mecha impermeable que encendía y con el peso de una piedra, la arrojaba al agua. Después comenzaron a aparecer peces muertos en la superficie, que recogimos y embolsamos.

Hablando de la caza, mis primos Manuel y Miguel tenían tres perros para ese fin, a los que querían como niños: el más viejo, el “Sil”, liebrero, (*sic*) al que para que no se fuera sólo a correr conejos a la sierra, le ataban un pértigo¹⁶ al cuello que, como era pesado y de cierto volumen, lo obligaba a estarse quieto; el “Pichón”, perro perdiguero, de cabeza grande (caja de vientos), gris con manchas marrones, el que tenía montones de anécdotas y aventuras; y la “Cora”, liebrera, tipo galgo, negra con alguna mancha café. Comimos algo y faldeando las sierras llegamos a San Justo. Cuando llegamos, con un sol que quemaba, nos sentamos porque estábamos cansados.

Estando disfrutando de la sombra, se acercó una señora amiga de Miguel, que nos ofreció una jarra de vino fresco, de la que bebimos, pues teníamos mucha sed. Agradecemos el gesto, y luego de haber solucionado el problema que nos llevó allí, retornamos a las 14 horas, rumbo a Cervantes. En el camino varias piezas más fueron engrosando la mochila. Arribamos a Cervantes a las 18 horas, en pleno verano, habiendo sufrido muchas horas de sol. Cuando entré todos observaron el cambio de color de mi rostro, que parecía un camarón, y al día siguiente no podía lavarme la cara y comenzó a caer la piel de la misma. Fue un grave error no haber llevado sombrero en lugar de la boina, pero en la vida siempre se aprende algo nuevo, aunque cueste.

Los días se iban sucediendo y yo, poco a poco, me iba aclimatando a las costumbres y al ambiente de esa región, y no sólo me aclimataba sino que me resultaba agradable esa vida, y sobre todo muy entretenida. Cuando llegamos al pueblo ya se había llevado a cabo la siega, corte con la hoz, del centeno, pero aún pudimos asistir a los pasos subsiguientes. Una vez cortado es apilado para su secado durante varios días, para luego proceder a separar el grano de la paja, lo que se efectúa generalmente en forma manual. A esto lo denominan “la maja”, y tiene lugar en terrenos baldíos limpios, llamados “eras”. El procedimiento es el siguiente: se reúnen un grupo de vecinos y desde temprano los participantes inician la tarea, armados de “pértigos” (palos de unos dos metros de largo que tienen sujeto con correas, para permitir los movimientos, otro trozo de una madera dura, de unos 60 centímetros de largo). Levantaban al unísono en el aire el pértigo, teniéndolo asido por un extremo y, girando sobre la correa el otro palo de madera dura, cae pesadamente sobre el centeno, colocado en el suelo y, al irse desgranando, se separa la paja del grano. Los dueños aportaban la merienda y todos paraban para descansar y comer.

¹⁶ Palo que cuelga del cuello de galgo impidiéndole correr (N.E.).

Una vez terminada esta operación, el grano fue amontonado y como contiene aún gran cantidad de impurezas, mi primo Miguel y yo, nos dedicamos con una máquina de su propiedad a limpiarlo. Anteriormente este trabajo se hacía con los brazos humanos y la ayuda del viento. Cuando el grano está limpio se coloca en un depósito denominado “panera”, quedando a la espera de ser triturado en los molinos próximos y luego empleado en la fabricación del pan. Entre el momento que quedó limpio el grano y su colocación en el depósito, transcurrió una noche de verano y, a fin de protegerla de los amigos de lo ajeno, hicimos guardia Paco, Julia, Adoración y yo.

A los poco días nos trasladamos a Riego de Lomba mis padres y yo, a fin de permanecer en compañía de la abuela Juana. En el trayecto que media entre Cervantes y este pueblo, se halla Barrio de Lomba, otro lugar donde tuvimos oportunidad de saludar a los cuñados de Antonio Sotillo. Nos instalamos en casa de la abuela, en la cual vivía la hermana Rosa (ciega). Tenía un burrito que ella usaba, de pelo tordillo, el “Tiso”, que todas las mañanas hacía de despertador con sus rebuznos. A un kilómetro de Riego, está el pueblo de San Miguel (vivía la tía Paula). Tenían una iglesia y cementerio lindante de uso común. Los domingos la abuela Juana nos despertaba temprano para oír misa en la Capilla de Santa Eulalia. Una vez dentro comprobamos que no falta ningún vecino de los dos pueblos, pues era una costumbre muy arraigada. Los lunes eran los días de Feria en el Mercado de Nuestra Señora del Puente, pueblo central al que acudían de todas las poblaciones del conglomerado de la zona¹⁷.

Llegó el momento de arrancar las patatas del suelo y, como yo conocía ya el trabajo, con mi padre durante tres días cosechamos en las tierras de la abuela en Riego y Castro. También cortamos en trozos, para el fuego, un enorme árbol que yacía en el suelo.

Me hice amigo de un vecino llamado Nicolás, con el que algunos ratos jugábamos al Foot-ball, pues me hacía recordar a mi pueblo natal.

En Cobreros, pueblo distante, a una legua, existían unas aguas termales que eran consideradas curativas. En el pueblo había un establecimiento que se dedicaba a la explotación de las mismas, empleándolas para baños y para tomar, y alojando a los que deseaban permanecer varios días. Estas aguas que manaban del suelo despedían un olor como podrido. Sin embargo varias personas aceptaban el tratamiento. Una fiesta se llevó a cabo aquí, a la que concurrieron los jóvenes de las aldeas vecinas. Era en honor a San Roque y duró todo el día. Resolvimos regresar a Cervantes, pero antes asistimos a la fiesta de Barrios de Lomba, llamada “La Peregrina”. Se ofició una misa con varios sacerdotes, cantando en latín alguno de los presentes. Nos instalamos nueva-

¹⁷ Hoy Mercado del Puente o El Puente, a secas (N.E.).

mente en Cervantes, ya comenzaban los primeros fríos, con perspectivas de un invierno crudo. La ropa de abrigo comenzaba ya a ser indispensable.

Con el primo Miguel, éramos ya inseparables (él tenía 5 años más que yo). Los martes y jueves íbamos al Mercado del Puente a acomodar y ordenar todas las mercaderías que habían quedado fuera de lugar el lunes anterior y presentarlas para el próximo lunes. Mi tío Pedro, con sus hijos, tenían un importante negocio aquí, que abarcaba ferretería, bazar, escopetas, diversas armas, máquinas de coser y escribir, fontanería, hierros, etc. Como ya dije anteriormente, este pueblo los días lunes se convertía en la feria común de todas las aldeas del contorno, entre otros: Cervantes, Riego, Barrios, Robleda, Ferreiros, Paramio, Rozas, Villarino, Otero, San Juan, Rionegrito, Murias, Doney, Escudero, Santa Colomba, Cobreros, Sampil, Quintana, Ilanes, Galende, Trefacio, cuyos habitantes concurrían, llevando aquello que sobraba en sus casas y deseaba convertir en pesetas y adquirir lo que necesitaba. Casi un trueque indirecto. El Mercado del Puente está delineado con calles que no guardan una perfecta simetría, como en ciudades modernas, es decir con manzanas cuadradas. Una de esas calles, la principal de todas, cruza el pueblo a lo largo, y su anchura es de 30 a 40 metros. Le sigue una calle triangular cuya parte más estrecha llega hasta el río. El 90 por ciento de la edificación está destinada a negocios, por su gran empuje comercial. La capilla se halla a la entrada, próxima al puente. Además de los negocios fijos, los lunes de feria se establecen en la calle central puestos ambulantes, todo a lo largo de la misma, que venden pulpos, churros, sardinas, truchas, etc. De acá y de allá llegan aldeanos con una vaca, oveja o cerdo, desde temprano para tener mayores posibilidades de venta. El negocio del tío Pedro, que es muy importante, tiene varios locales contiguos. Yo estoy desde las 7 de la mañana en el salón de hierros y fontanería. Son muchos los que van llegando y, poco a poco, comienza a animarse la feria. En los salones, colaborando en las ventas, estamos: Miguel, Manuel, Encarnación, tía Manuela, tío Pedro, Julia, Adoración, Belarmina y yo. Pese al número, hay momentos del día que no se da abasto. A las 9 de la mañana el movimiento está en su apogeo. A las 13 horas, cuando las ventas habían decaído, procedimos a almorzar, una comida que se había encargado. Más tarde el público inicia el regreso a sus hogares, y nosotros dejamos todo como está, en desorden, para volver a acomodarlo el martes y jueves de la misma semana.

Una noche, de regreso, se nos cruzaron un par de lobos grandes, encendimos la linterna y la luminosidad los hizo huir despavoridos. Mi primo me aseguró que eso ocurría con frecuencia. Como son animales sanguinarios, lo que entraña peligro, los municipios de estas zonas asignan un premio en efectivo al cazador que presente un lobo muerto. También estas primas se hacen extensivas, al zorro, al que llaman “la raposa” por su ataque a los gallineros.

Los moradores de estas tierras procuran abastecerse por sí mismo (el dinero circula poco), es decir, producir, dentro de lo posible, todo lo que necesitan. Vemos así que detrás de sus casas o próximo a ellas, poseen “huertos”, que es una fracción de terreno, en la cual se dedican con ahínco y esmero, a sembrar y hacer prosperar las plantas y árboles, prodigándoles todos sus cuidados, merced a los cuales, cooperan con la naturaleza, para la buena fecundación de la tierra, abonándolas, tapándolas en invierno para protección de las crudas heladas y combatiendo las plagas. Así tenemos en estos huertos frutales como perales, manzaneros (*sic*), higueras, melocotones (*sic*) (duraznos) y hortalizas en general: repollos, lechuga, ajíes, tomates, arvejas, porotos, papas, habas chauchas, cebollas, perejil, etc., que constituyen la base de sustento de una humilde casa.

Algunas noches concurríamos a la taberna de Cervantes con Miguel, donde se jugaba dominó o a los naipes, o bien se conversaba animadamente, matizándolo con café o alguna bebida, era el centro de reunión de los mozos del pueblo. Cada uno hace su pan con el centeno que cosecha y que tiene guardado en su panera. Existen dos hornos, de propiedad particular, que los explotan, y cobran un tanto a los que amasan y cuecen sus panes en el horno, esta operación se realiza por turno y, cada día, el que le corresponde, se encarga de dotarlo de todo lo indispensable. Para ello el centeno ha sido previamente molido.

La opulencia de este tipo de moradores se mide considerando el número de fincas o casas que posee, pues por lo general el dinero excedente –cuando queda– lo emplean para la adquisición de éstas. En las fincas se siembran patatas, centeno, trigo (poco) y pastos, donde más tarde hacen pacer a sus animales. Las divisiones de éstas se hacen con piedra del río o de la sierra, formando un muro.

Se celebró en Cervantes la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús que, a pesar de ser la segunda en importancia, después de la Virgen del Carmen, asumió lucidos contornos y concurrió mucha gente. A la mañana, como es de práctica, fue oficiada una misa por varios sacerdotes, y luego de la comida se inició el baile, que duró hasta la puesta del sol. Este pueblo, Cervantes, está construido al comienzo de las estribaciones de La Sierra Segundera. Estaba dividido imaginariamente por sus vecinos, en tres barrios: El Cabezo, Llama Rosinos y el Barrio Bajo (la parte más baja). En el barrio El Cabezo había una hermosa fuente, construida e inaugurada el 18 de mayo de 1927. Fue financiada en base a suscripciones públicas, que se hicieron extensivas a la República Argentina, en la que mis padres colaboraron oportunamente. Es el orgullo del pueblo, y el agua viene entubada de los deshielos de la alta montaña. Hay épocas en que los jabalíes (cerdos salvajes) acosan las aldeas vecinas y sus plantaciones. Se reunían entonces un grupo de cazadores de

distintos pueblos para dar caza. Luego de haberse conseguido el objetivo eran transportados al pueblo, a través de la sierra, para lo que le ataban las patas y le pasaban un fuerte tronco, y se iban turnando, porque era pesado. Para su caza con escopeta, se reemplazaba la munición del cartucho por una bolilla de acero. En una oportunidad Miguel fue quien cazó uno y, como es costumbre arraigada, recibió la cabeza y patas, que las tiene embalsamadas y colocadas en una hermosa tabla en el comercio del Mercado del Puente.

El tío Pedro poseía carpintería y herrería, especialmente carros y carretas. Para enlantar las ruedas colocaba las barras de hierro que iba a utilizar sobre un banco, en el que estaba emplazado un sistema de rodillos, en los que se va pasando la punta del hierro y, haciéndolos girar mediante una manivela, poco a poco la barra va pasando y tomando curvatura. Se volvían a pasar otra vez, hasta que tomara la forma de la rueda. Hecho esto, se presentaba y se soldaban los extremos entre sí, con una pasta especial. Sólo faltaba colocar el aro a la rueda. Esta operación se efectuaba en el patio y con abundante cantidad de leña, colocada de antemano, se hacía una hoguera sobre la que se asentaba el aro. Cuando tomaba el color rojizo, por su temperatura, con unos ganchos largos se extraía de las llamas (dilatado) y se procedía a hacer la rueda y, al enfriarse el hierro, se ajustaba perfectamente. Los trabajos de arrastre o transporte de cosas pesadas se efectúan por medio de bueyes, que tiran las carretas o arrastran árboles, y reemplazan a nuestros caballos. Para tal tarea se uncen dos bueyes colocándole en las cabezas un aparato de madera, llamado “yugo”, que se apoya sobre sus cabezas, y para azuzarlos se utiliza la picana (vara de un metro y medio que termina en punta aguda) y, cuando se roza un poco, sus ancas, toman rápido brío.

En el pueblo de Villarino se celebraba una fiesta patronal, que patrocinaba Isidoro Torres. Mi tío Pedro estaba invitado a ella a comer. Mi padre, dándose cuenta que este señor había sido amigo de infancia en Madrid, se invitó por sí mismo y lo acompañamos mi madre y yo. Arribamos cuando se estaba celebrando la misa, y pronto se incendiaron cohetes y fuegos artificiales. Nos presentamos de improviso en su casa, donde bien pronto se abrazaron efusivamente con mi padre, y quedó formalizada la invitación. Asistieron tres curas y personas caracterizadas de la zona.

Una mañana lluviosa fuimos a Murias, enclavado en la sierra de su mismo nombre, en el que Miguel tenía el contrato de colocación de los vidrios de una casa. Hicimos el trayecto uno en cada caballo, llevando todo el material en alforjas (especie de doble saco de cuero, cruzado en la cabalgadura). Nos recibió el dueño. Terminado el trabajo, fuimos con escopeta a dar una vuelta por la sierra, para cazar. Como había mucha niebla, regresamos y almorzamos. Casi al ponerse el sol, emprendimos el regreso a Cervantes, a donde llegamos empapados por la lluvia.

De todas las fiestas de la región, la que tenía completo éxito y la más alegre, era la de “Los Remedios”, que se celebraba en Otero. Quedé encantado y había concurrido una gran cantidad de gente, en grupos familiares en el trayecto pasamos Robleda, Ferreiros y Paramio. A las 10 se ofició una solemne misa por varios sacerdotes. No pudimos ingresar a la iglesia porque estaba llena. Repicaban las enormes campanas, hasta que las volcaron (consiste en impulsarlas fuertemente hasta que giran sobre su eje y producen un ruido ensordecedor). Comimos pulpo preparado y descansamos un rato. Al atardecer emprendimos el regreso, cada uno a sus respectivas casas, cansados, pero contentos por el día pasado. En Cervantes cenamos todos en casa del tío Emilio, donde la abuela María se sentía inmensamente feliz de ver reunidas a sus tres hijas con sus yernos y nietos, todos en torno a una mesa. Esta fue la última oportunidad que la suerte le brindó, pues casi tres años después falleció. Lefase en sus ojos que al fin había llegado el momento que tanto había esperado y estaba plenamente satisfecha.

Un día decidimos ir a cazar a las sierras de Doney. Muy cerca de ellas se halla el pueblo de su mismo nombre. Pensamos partir de Cervantes el domingo a las 9 horas de la mañana, pero debíamos cambiar los planes, pues la tía Manuela –que era muy beata– no quería bajo ningún concepto que dejáramos de concurrir a misa, y teníamos que salir después de haber asistido al oficio en Cervantes, o bien partir muy temprano, para poder llegar a tiempo a la capilla de Doney. Optamos por esto último y a las 5 y media de la mañana ya estábamos en marcha Manuel, Miguel y yo. Próximo al pueblo y, cuando el sol comenzaba a aparecer, procedimos a desayunar con unas latas de sardinas y pan dulce. Pero no obstante el esfuerzo, arribamos cuando la misa ya había comenzado. Las casas estaban totalmente desiertas, porque la población se hallaba en el oficio. Variando nuestro itinerario, resolvimos continuar caminando hasta llegar al pueblo de Escuredo, lo que ocurrió cerca de mediodía. Decían que en esta zona había más caza. Visitamos al maestro del pueblo, conocido de los primos, quien nos invitó a comer. Luego partimos de caza a las sierras, donde nos fue bastante bien. Arribamos a Cervantes al anochecer, y cuando la tía Manuela nos preguntó si habíamos llegado a tiempo a la misa, dijimos que tuvimos que esperar un rato (mentira piadosa).

En esta zona existía un sistema de asociación, en lo que concierne al médico (sólo existe en poblaciones importantes) y los habitantes de cada pueblo pequeño. Estos profesionales, mediante el pago de una cuota anual, se comprometían a prodigar los cuidados necesarios a los pacientes, y así, un médico, cuya residencia era Puebla de Sanabria, tenía una diseminada clientela rural, que concurría a su consultorio o, si era necesario, el profesional concurría a su domicilio, a caballo. Este sistema ofrecía ventajas, tanto para el profesional como para los pobladores, pues mientras el primero aseguraba una

buena clientela, a los segundos se le brindaba la oportunidad de ser atendidos, aunque no contaran con dinero. El cobro de tal servicio se hacía anualmente y, generalmente, en especies. Lo común era cobrar con centeno, para lo cual el cobrador lo recolectaba, y colocándolo en bolsas (costales como allí le dicen), lo transportaba a lomo de burros al nuevo propietario. La moneda circula muy poco.



El negocio de los primos se hacía extensivo a los explosivos, de los que eran únicos concesionarios. Para ello habían construido un pequeño polvorín a las afueras del pueblo. Los contrataron para la fiesta de “Las Victorias”, que se celebraba en Puebla de Sanabria, para que hicieran funcionar los fuegos artificiales. Fue Manuel, pero cuando encendían los cohetes y demás artificios, “Pichón”, el perro perdiguero de caza, se abalanzaba, con el consiguiente peligro. Tuvo que pegarle Manuel y éste se alejó. Había desaparecido el animal y todas las búsquedas y recompensas importantes ofrecidas no dieron ningún resultado positivo. Estaban todos preocupados porque además de querer al perro, éste era muy eficaz. Era un espectáculo verlo trabajar entre la nieve, en las alturas de la montaña. Tenía un extraordinario olfato desarrollado, y levantando la cabeza para percibir mejor los vientos, y rastreando en el piso, orientaba a los cazadores a la “pieza”, hasta que clavándose y con la cola firme

y estirada, alertaba para que se prepararan, y la espantaba para que pudieran tirarle al vuelo. Mis primos eran muy entusiastas de la caza y, a veces, iban a la Sierra y bajaban con 100 ó 150 perdices que, además del consumo, las distribuían entre sus relaciones comerciales. Para ello las hacía en escabeche, y luego las colocaban en unas cajas ovaladas que, llenaban con las perdices y el aceite, y luego soldaban el recipiente, para que pudiera durar mucho tiempo. Volviendo al “Pichón”, un día apareció. Ocurrió después de pegarle Manuel, se metió en el castillo, que era la prisión, de Puebla de Sanabria y los guardias civiles lo encontraron comiéndose un jamón, por lo que lo dejaron encerrado. La familia se alegró mucho, pero éste, como buen perro de perdices, no se llenaba de comer. Tenía además un montón de anécdotas. En casa del tío Pedro, algunas noches de frío nos reuníamos en la cocina. Sobre una plancha metálica se hacía una hoguera en el centro del lugar, sobre el cual pendía una cadena para colocar los recipientes para cocción. Solían poner castañas a asar que, con el calor, estallaban con fuertes ruidos. En rededor del fuego, contra la pared, estaban instaladas las “escañetas” (especie de bancos con respaldo).

Por fin tuve oportunidad de andar entre nieve. Se organizó una nueva cacería a las altas sierras. Partimos caminando a las 10 de la noche desde Cervantes y llegamos al lugar deseado, a mucha altura, a las 7 de la mañana del día siguiente. Se largó a llover y nos guarecimos en un refugio de pastores, bajo, construido todo de piedra rústica de la montaña y con dos especies de literas, pero de piedra. Luego comenzó a nevar copiosamente durante bastante tiempo y, mientras tanto, comimos algo. Luego apareció el sol y entonces salimos a cazar. Los 15 centímetros de nieve caída, facilitaban el rastreo de las perdices, porque dejaban huellas con las patas. Además, contábamos con el apoyo de los perros. El grupo estaba integrado por Manuel, Miguel, Gayo (Secretario municipal de Galende), Ángel (hermano de tío Emilio) y yo. Era imponente el espectáculo de los copos de nieve cubriendo toda la vegetación y piedras de la Sierra.

Acercándonos a la partida, mi padre quiso hacer dos cosas: primero un asado para todos los familiares de ambas ramas, a orillas del hermoso y profundo lago de Sanabria, conocido como el lago San Martín de Castañeda. Era un lugar de extraordinaria belleza, de aguas cristalinas, enclavado entre altas montañas, de cuyos deshielos se nutre en parte, contando además con una buena cantina. Las instalaciones estaban bien cuidadas, y cada tanto sembraban truchas. Los aficionados a la pesca deportiva (la comercial estaba prohibida), en oportunidades pescaban truchas de varios kilogramos. Comimos muy bien y la bota de vino circuló bastante. Realizó su segundo deseo, comprando dos enteros del gordo de Navidad, que le costaron un montón de pesetas. Los dos enteros eran del mismo número y los distribuyó, por escrito, a cada uno de los familiares de las dos ramas. Se ilusionaba pensando en que si se llegaba a

acertar la lotería, todos tendrían un buen bienestar económico, pero lamentablemente no se dio. Sobre el lago, omití decir que a la orilla del mismo había dos pueblos: Riba de Lago y San Martín de Castañeda. Además en lo alto de la montaña funcionaba un sanatorio.

Cuando iniciamos el viaje, yo estaba cursando 3^{er}. de Perito Mercantil Nacional en un colegio de Bahía Blanca. Con la intención de no perder el año, llevé algunos libros, pero no fue mucho lo que pude estudiar, salvo en el viaje en los buques. Pensaba rendir dos materias en diciembre y el resto en marzo siguiente. Pero como cuando llegamos a la Argentina, sobre las fiestas de Navidad, la inscripción para los exámenes ya estaba cerrada, así es que perdí el año, y tuve que cursarlo íntegramente en 1930.

Al fin llegó la parte más triste, la despedida. Partimos de regreso a la Argentina desde el Mercado de Nuestra Señora (*sic*) del Puente. A las 6 de la mañana estaban los familiares más íntimos, y los abrazos eran interminables, acompañados de muchísimas lágrimas, pues se pensaba que volver nuevamente no sería fácil, pues además que los pasajes resultaban caros, el viaje constituía toda una aventura, amén del tiempo que se empleaba en ida, regreso y estadía. Arrancó el ómnibus a las 6,30 horas.

Nos acompañaban en el viaje a Argentina un grupo de gente de esa zona, formado por: Antonio Fernández, Magencio Antón, Manuel y Agustina Prada (hermanos y sobrinos de mis padrinos), Baldomero y María. La primera parada fue en Puebla de Sanabria y de allí atravesamos las hermosas tierras gallegas, para arribar a Orense y de ahí a Verín, célebre por sus aguas termales curativas. Tardamos mucho en reponernos en parte de la congoja producida por la triste despedida. Eran las 9 de la noche, cuando cansados y después de cenar, fuimos a dormir. A la mañana siguiente partimos nuevamente, esta vez en dirección a Vigo. Todo el recorrido gallego es belleza pura, pues además de su verde vegetación, surgen gran cantidad de viñedos, bien ordenados y destinados a la elaboración del vino. Lo más bello y destacado es la zona de Rivadavia, contigua a Vigo, a donde llegamos a las 3 de la tarde. Fuimos a parar a un hotel de Antonio Vega, ubicado en la Calzada Teis. Este señor era amigo de mi padre de la infancia, con el que ya se había comunicado con anterioridad desde la Argentina y desde España. Además de su buena posición económica, tenía muchas influencias en las esferas oficiales. Allí nos alojamos y comimos durante cinco días, a la espera de nuestro trasatlántico, el "Cap Norte", de bandera alemana. La bahía de Vigo es muy tranquila, con preferente dedicación a la pesca intensiva, en particular de anchoitas y pulpos. En el hotel se encontraba Marcelino Martínez, que vivía en la Gartma, próximo a Tres Arroyos (Argentina). Hacía casi un mes que estaba alojada, porque había tenido un problema serio de acceso para el embarque, y frente al control del buque, descubrió que había sido objeto de un carterista, que le hurtó toda

su documentación, incluyendo el pasaporte y el dinero, así es que tuvo que volverse a tierra. Fue así que entonces Vega, con sus influencias, aprovechó la presencia de nuestro grupo y le hizo fabricar una documentación nueva, falsa, haciéndolo figurar a Manuel Prada como su hijo, con lo que consiguió el nuevo pasaporte falso. En cuanto al dinero, ya se lo habían girado desde nuestro país. Embarcamos en el “Cap Norte” que, a pesar de ser suntuoso, era menos moderno que el anterior y tenía mucha limpieza. El viaje de regreso fue más largo que el de ida, ya que tardamos 20 días, porque recalaba más tiempo en los puertos intermedios, para carga y descarga de sus bodegas. A mis padres les asignaron un camarote doble. Yo me alojé en uno de cuatro literas, con Martínez y un leonés. Contábamos con un buen comedor, salón de fiestas, cine nocturno, música diaria ejecutada por la banda de a bordo y otras distracciones. Navegando frente al puerto portugués de Lisboa enfrentamos un fuerte temporal durante varias horas, con olas enormes que hacían crujir la estructura metálica del buque. Hubo muchísimos pasajeros mareados. Durante el viaje y en el camarote de mis padres, nos comimos algunas latas de perdices en escabeche, que nos habían regalado los primos. Arribamos al puerto de Buenos Aires, pasamos por Juárez con los hermanos Prada (sobrinos) y terminamos en Punta Alta, con mucha alegría y emoción y así termina la aventura.